

El Baluarte

DIARIO REPUBLICANO

REDACCION Y ADMINISTRACION

Lagar núm. 5.

Núm. 247

Sevilla—Viernes 30 de Octubre de 1903

AÑO XXVII

El colmo del desenfado

En el momento en que Bilbao era arrojado por la inmensa falange del proletariado, y se derramaba la sangre en sus calles principales, y estaba a punto de saqueo la gran ciudad vizcaína, el Gobierno, como el hecho más natural del mundo, daba cuenta del suceso, sin preocuparse gran cosa de la sangre que corría ni de escogitar los medios para atenuar la gravedad de los sucesos, ya que no pudo ó no supo evitarlas a tiempo; y cuenta que en este caso hubiera sido labor fácil, ya que las exigencias de los trabajadores que se han lanzado a la huelga general son tan prudentes como justas. No piden los obreros aumento de salario ni disminución de horas de trabajo; demandan solamente el pago individual por semanas y la libertad de comer sin someterse al reglamento patronal. Con un poco de buena voluntad se hubiera conseguido evitar el conflicto trágico, el derramamiento de sangre y la licencia y la indisciplina social que se ha apoderado de la industriosa villa; pero este Gobierno y sus antecesores, que han fomentado la revuelta, que han excitado a los obreros, ocupados en los menesteres electorales y en insidiosas provocaciones a los republicanos, no han tenido tiempo de hacerse cargo de la gravísima excitación de los obreros bilbaínos, llevada a vías de hecho, en que si es muy lamentable la sangre que se ha derramado y muy grave la situación de personas y cosas, puede llevar aparejado un conflicto de orden exterior si las reclamaciones de los consules no pueden atenderse por falta de fuerzas que garanticen la seguridad de los barcos y la de las personas que habitan en la ciudad.

Pero el Gobierno de todas las desdichas, cuyo estilo es el falseamiento de la verdad a sabiendas hasta un punto tal que raya en lo inconcebible; un ministro á quien se le dice, y se le prueba con sus mismas palabras, que *falta á la verdad á sabiendas*, y no abandona rápidamente el banco azul; y un gobierno que lo tolera y lo aplaude, implicando su declaración una verdadera ofensa para funcionarios públicos del profesorado, que al propio tiempo son representantes de la nación, ¿qué concepto puede merecer? ¿qué calificativo adecuado merece? Ninguno, porque hay actos que la más dura censura y la más justa recriminación parecerían elogios, y ciertos hechos, lo mejor es entregarlos á la indiferencia.

Afirmábamos ayer que no había gobierno porque no se ve su acción, como no sea al servicio de la violencia, de la represión y de las coacciones de todo género; lo que no podríamos concebir es que los hombres que llevan la dirección del Estado nacional llevarán su atrevimiento hasta el desahogo de falsear la verdad y ocultarla á sabiendas. Esto realizó ayer ese ministro en momentos en que una ciudad española estaba entregada á la rebelión y amenazada del saqueo.

A. A.

Nota del día

Desde que me enteré que la fuerza armada había salido á las calles de Bilbao á imponer el orden á tiros, me figuro escuchar, hendiendo los aires, los lamentos desconsoladores, las imprecaciones de odio, esas vomitaduras imperiosas de la rabia humana con las que se desahoga el hombre cuando se ve impotente para vencer.

Y me figuro ver á los pobres obreros, muchachotes forzados, manojos de nervios y carne dura templados en el ardor fulgurante de la diaria faena, caer con la

cabeza deshecha ó con el cuerpo atravesado por el plomo destructor, por el hierro, por el metal homicida, por aquello mismo que ellos extraen de las entrañas de la tierra á costa de su vida y de su sudor.

Y me parece que los veo arrastrarse con las agonías de la muerte, dejar un surco sangriento, implorando la misericordia de que los oculten, de que no los cojan en la vía pública... No les importa la muerte, porque la han arrostrado con serenidad, con heroísmo; lo que les importa es esquivar su cuerpo á la Justicia, ¡á la Justicia, porque más vale morir que caer entre sus redes.

La Justicia, para el obrero rebelde—rebelde con esa santa rebeldía que impone la personalidad humana—es para ellos el patrón que los explota, el funcionario que los encarcela, el ministro que dicta leyes ar o llas, el Estado, ese fantasma sin corazón ni conciencia del bien, que se limita á fusilar por primera providencia, y por segunda á abrir las puertas del presidio.

¡No hay atenuantes! Todo está previsto por esta sociedad de grandes criminales: el que haga frente á la fuerza pública, morirá.

No hay Tribunal Supremo á que apelar en los conflictos de orden público; mal que se haga, queda hecho.

Si no fuera así, ¿quién podría vivir sin trabajar ó con el trabajo de los demás?

¡Pobres obreros de Bilbao!

¡Sois solos!... Vuestros compañeros, que somos todos los que exprimimos nuestro organismo en el trabajo manual ó intelectual, no tenemos ese valor, ese heroísmo de ser hombres capaces de morir por cobrar el precio de nuestro trabajo con regularidad, no semanalmente, sino diariamente, á la vez que se suda: ¡como debiera de ser!

Vosotros sois hombres: ¡nosotros lo parecemos!

Acostumbrados á vivir en el enredijo social del favor, del préstamo, de las malas artes... somos una risible burguesía con camisa prestada; una colección de mendigos vestiditos decentemente por fuera, pero roídos moral y espiritualmente por dentro, contentándonos con llamarnos hombres libres en tanto ejercemos de siervos, ¡pero esclavos, viles esclavos, en cuanto tratamos de levantar la frente de igual á igual!

¡Ay!... Si todos tuviéramos vuestro valor y vuestro heroísmo, ¿qué iba á quedar aquí, en esta procesión social de farsas, crímenes y mentiras?...

J. RODRIGUEZ LA ORDEN.

Murmuraciones

No hay otro asunto de importancia más que la matanza de obreros en Bilbao. Las descargas de mausers han puesto paz en los espíritus.

Los huelguistas, al verse acorralados á tiros, desistieron de los actos de violencia, y se replegaron pasivamente hacia sus hogares.

El señor ministro de la Gobernación ha asegurado que *al fin* se impondrá el orden, quedando memoria en Bilbao, para que no vuelvan á reproducirse los sucesos.

¿Pensará, quizá, ese D. Calomarde de Lavapiés, fusilar á los huelguistas uno por uno?

El número de muertos hechos por las descargas de fusilería en los diferentes encuentros no se ha podido precisar.

Porque... como cuando ven un cadáver, lo entierran para que no apeste, sin cuidarse de llevar la cuenta, la curiosidad pública no se ha podido satisfacer.

Cuando pase esta racha de crímenes, hechos á nombre del orden social, y de San Patrono, abogado de la usura, las familias de los muertos harán la cuenta.

En cuanto transcurra una semana, y

el orden se haya impuesto á tiros, se conocerán las bajas.

Desde luego puede asegurarse que los patronos no han sufrido ninguna.

Todos se encuentran en su cabal salud.

Dios los conserve para que, el mejor día, puedan repetir la suerte.

Porque esta vez—mírese como se mire—les ha salido muy bien.

¡Aparte las muertes acaecidas, hay que deplorar una desdicha grandísima.

Los huelguistas asaltaron un convento de frailes y no pudieron coger á ninguno.

Además, arremetieron contra el edificio de los jesuitas, y cuando ya habían volado las puertas é iban á penetrar, aparecieron las tropas del ejército.

¡Qué lástima no se hubieran retardado un poco!

Y qué tienen que ver las frailes y los jesuitas con los patronos?—dirá cualquiera.

Eso mismo digo yo también.

Pero los obreros se harán otra cuenta. Ellos se dirán:

—Esta gente es la encargada de rogarle á la Corte celestial que mire por nosotros y por nuestros hijos. Cuando estamos tan mal, es porque se han descuidado en sus oraciones, y Dios no sabe una palabra de lo que nos viene sucediendo. ¡A castigarlos para que no falten al cumplimiento de sus obligaciones!

Pero... ¡se escaparon!

Otra vez es necesario que haya más diligencia.

Don Nicolás Salmerón ha asistido á la velada que se ha celebrado en Madrid en honor á la memoria del que fué integerrimo hombre público D. José María Orense.

En dicha velada ha hablado el jefe de la Unión, y ha dicho:

—Pasa á tratar de la lucha de los partidos, afirmando que España es un campo donde las fuerzas políticas luchan como kábilas, y en donde siempre que se llama al pueblo á los comicios, los demócratas tienen que guardarse de los gobernantes, porque estafan el voto como miserables tahúres. (*Grandes aplausos.*)

Así es que nosotros, que no somos perturbadores, que amamos la legalidad, nos vemos arrastrados por estos gobiernos á los únicos medios que nos quedan, cuando los legales se obstruyen. (*Ovación.*) Si hemos visto quebrantado el territorio y la dignidad de la Patria, debemos decir que, si apelamos á esos medios, no es nuestra la culpa, sino de los que impiden que se imponga legalmente la voluntad nacional.

Y dirigiéndose á los federales, en cuyo Centro se celebraba la velada, les dijo:

—Cuando penséis en el ideal que os pueda diferenciar, no digáis que á vuestro apellido político se contraponen el unitarismo, sino que debéis pensar en la razón de las ideas y sentimientos que nos identifican, poniendo algo vosotros de vuestra parte y nosotros de la nuestra. (*Gran ovación.*)

¡Ah! ¡Ya sabía yo que esto estaba arraigado en vuestro alma. (*Nuevos aplausos.*)

En España no hay unitarios, no debe haber quien tal se llame: ningún republicano acepta ya el centralismo. La monarquía hizo la unidad nacional y todavía no se han fundido en un mismo troquel las aspiraciones de España. (*Aplausos.*)

No obstante, á pesar de eso que dice D. Nicolás, y que aplauden todos, ¡á que todavía hay melón federal que no se vence!

Como está acordado que D. Alfonso haga una visita á Portugal para echar unos días con su primo, el Gobierno español ha ordenado que vayan al puerto de Lisboa los buques de guerra *Carlos V*, *Cardenal Cisneros* y *Audaz*.

Con haber dicho toda la escuadra hubiera acabado más pronto.

¡Veremos cuál de los tres buques se queda en el camino!

Entre los faroles del alumbrado público que ha ordenado apagar el señor Alcalde se encuentran los que existen en el Gobierno civil.

¡Habrá que encenderlos con cargo á la Sección de Higiene!

Con cuatro ó cinco multas diarias se salda el déficit.

Dice el señor de García que ocupa Gobernación que el figurará en la historia con el nombre de Nerón.

Que no lo diga muy alto... La gente se va á enterar, y van á darle un papazo sin que lo pueda evitar.

Esto lo dice el *Diario Universal*:

—Alfonso XII, en su viaje á la Coruña y visitando no sé qué monumento, tuvo la idea de dar un magnífico cigarro al cicerone.

Y éste, sorprendido y pálido de emoción, contestó apretando el habano contra su pecho:

—Señor, me lo fumaré toda la vida.

Broma parece, pero, si precisamente no se lo fuma, por lo menos, lo *para* toda la vida.

Es decir: que el uno fuma, y el otro escupe. Lo que nos sucede á todos.

Esto pasa en Barcelona:

—El descanso dominical, ley del embudo.

Las hermanucas gandulas de la Casa de Maternidad obligan á los trabajadores á faltar al precepto eclesiástico del descanso dominical; pues si se niegan á trabajar en domingo, los despiden. Por eso, y por tratarlos peor que á esclavos, duran allí los operarios muy poco y salen maldiciendo de las hermanas y de quien las inventó. Así entienden los clericales las leyes de la religión.

Y así las han entendido toda la vida. Por eso precisamente no puedo yo ver á esas zorras.

¡Y eso que, entre ellas, hay algunas muy guapas!

Tres cañoneros han recibido orden de marchar á Bilbao.

¡Avísele al gran almirante Cerveral y remitan fondos.

CARRASQUILLA.

Y vamos con Merry

Decía en mi anterior artículo que el único desatino verdad que hasta ahora había realizado Pío X era haber nombrado á Merry del Val para secretario de Estado.

Cuando en el Cónclave fué elegido Papa el patriarca de Venecia, el entrometido y oficioso Merry, que actuaba así á modo de secretario de aquella asamblea, gracias á Rampolla, procuró presentar al nuevo Papa el sólido blanco, esperando que éste le pudiese el rojo suyo; dándole esperanza de un birrete cardenalicio.

Esta familia de los Merry es de aquellas personas de quien decimos vulgarmente que han nacido de pie; todo les sale bien y han sabido hallar la fórmula de servir á dos señores contrarios y á los dos sacarles utilidad.

Cuando Merry, padre, fué embajador de España cerca del Vaticano, estuvo siempre al lado del papado, y nunca al del país, que le daba espléndido palacio y rico sueldo para que le sirviese.

Las embajadas acreditadas cerca de la Santa Sede gozan de gran influencia y ascendente dentro del palacio pontificio; sabe muy bien la corte papal que es un honor que se le concede porque sí, sin razón sólida alguna que lo abone; no teniendo el Papa dominios temporales, huelgan todas esas farándulas de embajadas y embajadores que se pasan el tiempo en Roma sin saber qué hacer ni en qué emplearse.

Por este motivo, apenas abren la boca estos diplomáticos honorarios, procura el Vaticano complacerles en todo, no sea que se amosquen y se vaya al traste la embajada y se alegre el vecino de enfrente, ó sea el rey de Italia.

Con Merry se dió siempre el fenómeno contrario: el Vaticano chillaba é imponía condiciones, y el buen conde de Benomar callaba y bajaba la cabeza, sirviendo incondicionalmente al Papa, aunque fuese en contra de España. Mil casos en que esto tuvo lugar denunció por aquella época la prensa liberal, y sus compañeros se reían á más no poder de aquel pobre hombre ajetreado por el Vaticano y envuelto siempre entre peticiones y pretensiones humillantes, cada vez más onerosas, mientras ellos galleaban y escupían por el colmillo ante los *monsignori* de la curia romana.

¿Por qué era esto? ¿Qué buscaba el conde embajador? Pues algo buscaba, sí, y ese algo era colar á su hijo en las altas regiones de la Iglesia y fuese como fuese.

—Mira, hijo—le decía—tú no vales gran cosa para lucir en el mundo; si entras en la Iglesia, quizás con servilismo, maña y adulaciones, llegues á ser algo. Yo te ayudaré en los principios ahora que soy embajador cerca del Papa; después, tú verás.

Y aquel niño venusto, perfumado y vestido con elegancia, fué presentado á los prelados y cardenales, que le hallaron muy simpático y le acariciaban la cara con sus afilados dedos de sensuales sátiras italianas.

Merry ingresó en la Academia de Nobles Eclesiásticos de Roma, especie de *pépinière* de donde se surten las nunciaturas y delegaciones pontificias. Alguien muy elevado dijo á Merry padre:

—El chico no vale gran cosa; pero si yo le empujo hacia adelante, supongo que usted será agradecido.

—Pida usted por esa boca—contestó el embajador; y así quedó constituido aquella especie de pacto vergonzoso donde se vendían jirones de la honra y dignidad españolas á trueque de avances y progresos para un intrigantuelo.

Jamás los italianos tragarón al clérigo Merry, como ningún cardenal ha podido tragar todavía al toscó frailote catalán Llaveneras, á pesar de su púrpura, por ser españoles los dos y querer meterse á mangonear en los negocios de la Iglesia, que fueron siempre feudo privativo de los italianos; pues es sabido que Jesús vino al mundo solo para que los italianos comerciaran con su nombre, Iglesia y doctrina.

Rampolla experimentó por Merry simpatía invencible y tuvo para con él verdaderas debilidades, que se comentaban en voz baja por las cámaras del Vaticano; y el chico fué creciendo y adornándose con títulos y colores de los que hay tan buen repuesto en el bazar pontificio; recibió consagración episcopal, y hasta desempeñó dos ó tres comisiones diplomáticas, que por cierto tuvieron un éxito desastroso. Recuerdese lo del Negus de Abisinia. El conde de Benomar no cabía en el pellejo; por fin era algo su hijo; ¡buenas humillaciones le había costado!

Muerto León XIII, y descartado Rampolla de la candidatura pontificia, la estrella de Merry comenzaba á eclipsarse; pero el elemento rampollesco es más numeroso é influyente en el Vaticano de lo que se cree, y no faltaron bocas que dijeron al nuevo Papa: —Merry le conviene á Vuestra Santidad, sabe francés, sabe inglés y qué sé yo cuantas cosas más.—Y el buen Papa, que solo conoce el dialecto veneciano, se quedó absorto, mudo de admiración, al ver que un obispillo tan joven sabía francés é inglés, una cosa para él tan difícil y que nunca le cupo en la cabeza. Y como los embajadores siempre hablan con él en francés, y el buen señor no los entiende, cerró los ojos y dijo: —Pues que sea Merry secretario.—Verdad es que antes había ofrecido este cargo á dos ó tres cardenales de valía y ninguno lo quiso aceptar; barruntan que el pontificado de Pio X ha de ser fecundo en lances de desprestigio para la Iglesia.

El nombramiento de Merry para un cargo que hizo famoso Antonelli y después Rampolla, que hay que confesar eran de buena cepa diplomática, ha levantado en Roma tempestades de censuras. Merry no es italiano, no es cardenal, es casi un chiquillo, no ha sido nuncio jamás, desconoce en absoluto la política europea y no ha dado hasta ahora ninguna prueba de sagacidad ni de talento.

Los únicos que se han alegrado con este nombramiento han sido Rampolla, que seguirá siendo el verdadero secretario; los Merry, que están con esto á reventar de orgullo; y los jesuitas, que manejan al nuevo secretario como si fuera un muñeco. Ha sido un nombramiento para celebrarlo en familia, porque, como secretario de la Iglesia Merry se aplastará pronto por sus desaciertos. Y si no, al tiempo.

FRAY GERUNDO.

Fragmento

Reyes, tened miedo al trono donde se sienta vuestro orgullo; en él vuestra alma se convierte en espectro, y dueños de reinos enteros, sin saberlos ¡ay! no sois más que fantasmas. ¿De qué sirve llamarse Romanoff, Hapsburgo, Brunswiek, Borbón, apellidarse majestad, rey, César? ¿Para qué? Los Faraones construyeron las pirámides, y cuando á la luz del ardiente sol, sufriendo los abrasadores vientos nómidas, azotando á su pueblo con cadenas de hierro tan duras como su destino, terminaron esos monumentos altivos, ¿qué pusieron bajo sus bloques prodigiosos? Sus cenizas.

Reyes, de nada sirve ser un Alejandro, un Sesostris, un Ciro á quien sonríe la suerte; vale más ser un pobre y llamarse Jesucristo. El mal que hacemos nos adula con frecuencia. Poderoso, quien quiera que seas, teme tu poder, que desde el otro lado de la tumba inspira piedad. Lo que hoy es lisonja, será mañana castigo. Los que hacéis temblar, llegará un día que temblaréis.

VICTOR HUGO.

FATALIDAD

Es mucha desgracia, mucha, la que aqueja á los santos discípulos de San Ignacio de Loyola. Jamás se vió persecución semejante. Apenas á se cometió en el mundo injusticia ó desaguado que no sea atribuido por la malicia á las intrigas y artimañas de esos varones perfectísimos que forman la milicia de Cristo.

No data el mal de nuestros tiempos de decrecimiento y de impiedad. Casi es tan antiguo como la propia Compañía. Antes de que Voltaire hubiese hecho oír su risa sardónica y Rousseau escrito la «Profesión de fe del vicario saboyano», y la Enciclopedia intoxicado las almas, y la revolución convertido á la sociedad en un herradero, ya los padres jesuitas habían tenido que sufrir, amén de los ataques de los *folicularios* de entonces, las más enconadas é iracundas persecuciones de parte de los poderosos. La existencia de la santa Sociedad, desde su fundación hasta nuestros días, ha constituido un verdadero *via crucis*.

No, no es de hoy eso de acusar á los ignacianos de todo mal y pecado. Ni ha sido ese achaque tan solo de herejes é incrédulos. Dentro de la misma Iglesia tuvieron los jesuitas sus primeros enemigos. Odiáronlos los obispos por rivalidades de jurisdicción, los dominicos por *liquis iniquis* de teología tomista, los franciscanos por competencia en las misiones. Las gentes cultas del siglo XVIII protestaban ya de lo vacío de su enseñanza y lo huero de sus humanidades. Si triunfaron de los jansenistas, que valían mucho más que ellos, caro pagaron el triunfo cuando el egregio Pascal, en sus «Cartas provinciales», denunció ante la conciencia universal las truhanerías de su moral *probabilista*. No llevaba la Compañía un siglo de existencia y ya había acertado á hacerse odiosa á todo el mundo.

Luego tocó el turno á los gobiernos, Choiseul en Francia, María Teresa en Austria, disolvieron la Sociedad. Pombal en Portugal y Carlos III en España, expulsaron á sus miembros. El papa Clemente XIV suprimió la Orden y mandó cerrar sus colegios. No hubo maldad que por entonces no se le imputara. Ellos corrompían las costumbres. Ellos soliviantaban las masas. Ellos se consagraban á un tráfico ilícito. Ellos sublevaban las colonias. Ellos predicaban el regicidio. Ellos aspiraban á la dominación universal. Ellos desnaturalizaban la moral del Evangelio para hacerla servir á sus fines. La *mano oculta* del jesuitismo trata á mal traer á aquellos gobiernos, absolutos todos y arcaicatos los más. Jesuitas habían sido los fautores de la célebre conspiración de las pólvoras, que en poco estuvo hiciera saltar por los aires al Rey y al Parlamento inglés. Jesuitas los que instigaron

al duque de Aveiro á matar al Rey de Portugal. Jesuitas los que sublevaron el Paraguay contra españoles y portugueses. Jesuitas los que concitaron al buen pueblo de Madrid contra su buen rey Carlos III. No se rompía entonces un plato en Europa y América que no lo hubiesen roto los jesuitas.

Pasan los años, vuelve bajo esta bendita restauración á mendrar la Compañía proscrita en los tiempos seráficos de Sor Patrocinio y el Padre Claret, y vuelve á reproducirse el singular fenómeno. Otra vez los jesuitas tienen la culpa de todo. No hay poder más execrado en esta tierra beata, patria de San Ignacio y cuna del Papa negro. Sin conocer á Pascal ni por el forro, sin haber hojeado á Michelet ni leído «El Judío errante», el instinto popular acusa á los *loyolas* de todos sus males. Jesuitica es la reacción triunfante. De entre todas las Congregaciones que nos explotan y aniquilan, la de los jesuitas destaca cien codos como la más ávida y funesta. Por jesuitas de traje corto se tiene á grandes personajes. A influencias jesuiticas atribuyen muchos las atrocidades de Montjuich. Los jesuitas son los causantes del decaimiento intelectual y moral de una parte de nuestra juventud. Los jesuitas acaparan á la mujer y llevan el infierno al seno de las familias. Los jesuitas se insinúan en las casas ricas para captar las haciendas. Los jesuitas hacen política á la religión. Los jesuitas preparan la guerra civil. No hay desventura pública ó privada que no sea cargada por la opinión en la cuenta de los Reverendos Padres. Tan luego como el moño sobreviene, la casa de los jesuitas es el primer blanco de las iras de las turbas. Y aun cuando nadie en ello piensa, no falta un gobernador celoso que lo imagine ó un rebaño de devotos que, á la mejor alarma, juzguen llegado el momento de la degollina. Tal es la idea que todos tienen de la popularidad de los Padres.

¿No es maravilla contemplar como se repite la historia? Las turbas indoctas y motinescas, las verduleras del mercado y los golfos del arroyo, parecen hoy guiados por el mismo espíritu que inspiró un tiempo sus determinaciones á Pombal y á Choiseul, á María Teresa, á Carlos III y al papa Clemente XIV. ¡Extraña unanimidad! La animadversión que los jesuitas inspiran perdura á través de los siglos. Ese odio es superior á las diferencias de estado y condición. Solo esos bienaventurados han realizado el milagro de suscitar contra sí por igual el encono de reyes y pueblos, la malquerencia de los estadistas y la maldición de la plebe, los anatemas del poder y las cóleras del tumulto.

¿Qué tendrán, qué tendrán esos santísimos varones para atraer así sobre sus cabezas venerables los rayos de todas las iras? Soldados de la fe, milicias de Cristo, paladines de la ortodoxia contra la heregia, adalides del pontificado y de poder ultramontano, cuando se mezclan en los negocios mundanales, lo hacen sólo por la mayor gloria de Dios. Por eso traman, intrigan, cábildean. Por eso trafrican, especulan, lucran. Por eso enseñan dirigir aconsejan. Por eso separan á la mujer del marido y al hijo del padre. Por eso agencian matrimonios y dictan testamentos. Por eso penetran en los hogares, se insinúan en las conciencias y desde allí rigen la vida. ¿Es que el fin no justifica los medios? ¿De dónde, pues, procede esa ciega animosidad que ha llegado hasta hacer del calificativo de jesuita un injurioso dictado?

Después de todo, dado su punto de vista, ¿qué otra cosa puede imputárseles sino es el éxito? ¿Es su culpa si damas linajudas, y sobre todo acaudaladas, les prefieren para la dirección de sus almas y á veces también para la administración de sus bienes? ¿Es su culpa si familias acomodadas llevan sus hijos á las escuelas de la Compañía, considerándolas como las mejores antecelas del templo de Minerva? ¿Es su culpa si testadores opulentos les dejan cuantiosos legados? ¿Es su culpa si las más importantes sociedades mercantiles se colocan bajo su amparo? ¿Es su culpa si poderosos representantes de la fuerza se les declaran adictos? ¿Es su culpa si órganos de gran publicidad les son propicios? ¿Es su culpa si aun los corifeos del liberalismo obedecen sus sugerencias? ¿Es su culpa si las doncellas eligen marido siguiendo sus consejos? ¿Es su culpa si en esta sociedad beata no se mueve la hoja en el árbol sin su permiso?

Su culpa no será; pero maldecidos, abominados, execrados por la opinión, bien harían esos Padres Reverendos en retirarse por el foro, llevándose consigo al desierto, como el macho cabrío de Israel, los pecados de la reacción. Sería un grande ejemplo, el único acaso que hubiesen dado en toda su vida colectiva, de abnegación y mansedumbre.

ALFREDO CALDERÓN.

¿TOS? Jarabe UTOR

Los sucesos de Bilbao

En Madrid circuló el rumor de que los huelguistas trataron de incendiar la residencia de los jesuitas.

Suspendiéronse las conferencias telefónicas de la prensa entre Madrid y Bilbao.

Además se ha ejercido rigurosa censura en el telégrafo.

Del Consejo de ministros se dió nota oficiosa.

Ocupáronse extensamente de los sucesos de Bilbao.

Gasset propuso que se obligara á los patronos á transigir.

Los ministros mostráronse reservados.

Despacho oficial de Bilbao:

«Los huelguistas asaltaron una tienda de comestibles, llevándose las existencias.»

Un grupo hizose fuerte en una casa de Bilbao vieja.

Alix dice que son 7 los muertos.

La situación sigue igual.

Esta madrugada llegará Zappino con el regimiento de Bailén, dos escuadrones de caballería y una batería.

En el asalto de la tienda resultaron 9 heridos.

Se han hecho detenciones.

En la reunión de la asociación La Locomotora Invencible acordaron celebrar un mitin.

Se ha levantado la incomunicación telegráfica con Bilbao.

A las doce retiráronse las tropas á descansar.

Hubo tranquilidad material por la noche.

Las calles estaban oscuras y desiertas.

Los vecinos de siete calles ofreciéronse á la autoridad militar para mantener el orden.

Dícese que hoy se verificará la clausura de los centros obreros.

En los ferrocarriles de Zuazo á Durango, por medio de la dinamita han sido levantados los railes y postes.

Desde los balcones se han arrojado á las tropas tiestos y otros objetos.

Hizose fuego sobre las casas, resultando muchos heridos.

Otro despacho oficial:

Restablecióse el orden y circularon trenes y tranvías.

La población está abastecida de víveres, pero escaseó el pan.

Las fuerzas patrullan.

Las tropas están distribuidas en la zona minera y la ría.

Zappino conferenció con los patronos y los obreros.

Villaverde dice que hay corrientes de concordia y confía en que se obtenga arreglo.

Se ha ordenado que marchen á Bilbao los cañoneros *Molins*, *Balboa* y *Macmahón*.

Circula el rumor de que los patronos acceden á lo solicitado por los huelguistas.

Estos han sido convocados mañana para ocuparse del asunto.

Envíanse nuevos auxilios á Bilbao.

Ayer considerable número de huelguistas intentaron penetrar en la ciudad, siendo repelidos sin derramar sangre.

Á última hora continuaba la tranquilidad.

Al salir Villaverde del Consejo manifestó que en la población estaba restablecida la tranquilidad material.

Continúa el paro absoluto.

En los alrededores de la población se cometen coacciones.

Celebróse Consejo en la Presidencia.